

## **Domingofobia**

*Celestina*

Atravieso horas cruciales, ajeno a una ciudad que se prepara para repetir su rito dionisiaco del sábado a la noche. Vivo con una mujer que teme a los domingos. Los teme, no los odia ni le fastidian, como a tantos millones de humanos. No es tampoco que no los soporte. Les tiene miedo, pánico, la aterran. Nunca me ha sabido explicar el por qué, la causa o el origen de este miedo profundo; ella misma lo ignora, tiene pavor a ese día desde siempre. Tan importante es esta anomalía en su vida, que me informó de su extraño padecimiento en nuestra primera cita.

Reconozco que me llevó otras dos citas comprender el alcance, la literalidad de su enunciado; como cualquiera en mi lugar, había interpretado que le desagradaba el ocio forzado del primer día de la semana. Su insistencia en repetirlo me llevó a requerir más datos, a profundizar en las implicancias de ese temor irracional. Es obvio que la acepté con esa fobia a costas. Pero esta noche la situación es diferente, muy diferente; desde el martes pasado, soy el encargado de que no existan los domingos para ella.

Hasta la última visita a la doctora Prinatzky, Martina aplicaba una solución radical para quitar los domingos de su existencia. Somníferos. Cada sábado, a las 23:59 tomaba una dosis suficiente para permanecer más de veinticuatro horas dormida; se acostaba un sábado y despertaba el lunes.

La primera vez que me confesó su táctica, intenté hacerla razonar; ella vivía los domingos, aunque no se enteraba. Dormida, sí, pero viva, es decir, transitaba esas veinticuatro horas aunque no saliera de la cama. En vano

argumenté sobre las cosas que podían suceder a una persona dormida; me detuve al sospechar que mi actitud no era la más indicada para que desaparecieran sus temores. Ella me tranquilizó, no la había horrorizado con los cien accidentes posibles que le cité; no había aumentado su miedo, era imposible hacerlo. Mis argumentos sonarían muy lógicos, pero ella, a los efectos sensoriales, no vivía los domingos.

Fue necesario que la doctora Prinatzky le diagnosticara una úlcera perforada para que aceptara abandonar la medicación. O el domingo o la vida, le planteó, más o menos, la profesional de cabello pajizo. Martina dejó la consulta en silencio, no habló hasta que estuvimos en la cocina del departamento; durante el trayecto en el taxi me pregunté qué barruntaba sin imaginar lo que me pediría.

Dejó que sirviera el té; entonces me concedió el honor de ser su paladín, me puso en la obligación de defenderla contra ese absurdo día de la semana que insistía en no vivir. Mi primera reacción fue proponerle que enfrentara el miedo, yo estaría a su lado para resistir cualquier cosa que el domingo pudiera hacerle. Ni qué decir que no aceptó, ni siquiera consideró la propuesta. Dejó la cocina y no me habló hasta ayer, cuando me recordó que estábamos a viernes y se acercaba el día de la prueba.

Llevo veinticuatro horas sin detenerme. He revisado los dispositivos de la casa, los teléfonos, las portátiles, el reloj despertador del dormitorio, la cámara de fotos semiprofesional, hasta el microondas y la heladera; he aprendido cómo cambiar la fecha en cada uno de ellos, operación que efectuaré a las 23:55, colocando la del viernes. Para el cable no encontré más solución que desconectarlo —me preocupa no haber hallado aún la excusa

para salir a ver el partido de Boca en un bar, perdida la posibilidad de disfrutarlo a solas como hasta la semana pasada—. Mis hábitos también cambiarán; la maldita úlcera me ha privado del día de soltería semanal.

Martina vaga por el departamento como una zombi, desliza miradas furtivas, se detiene a mitad de la marcha, cambia de dirección de improviso; tres veces tropecé con ella mientras recorría los ambientes por si se me había pasado algo que indicara la fecha. Ahora lleva varios minutos en el baño; no escucho el agua, debe estar sentada, a oscuras, en el inodoro. Mejor, preciso concentrarme, estudiar qué variables pueden escapar al control.

Salir mañana de casa está descartado, deberemos permanecer aquí; o no, tal vez yo deba ir por algunas cosas, como en un sábado normal. Idiota, los sábados hago las compras semanales, esta mañana lo hice; debí dejarlo para el domingo, así el cambio le resultaba más convincente. Lo anoto para el próximo fin de semana.

Escucho sus pasos, arrastra los pies como mi abuela en sus últimos años. Aparece con el camisón negro, lista para ir a la cama. No son las once de la noche todavía, ignoro cómo reaccionará su cuerpo ante la ausencia de la droga habitual. Se ve pálida, sus movimientos ahora son muy lentos, se ha convertido en una anciana que apenas puede mover la silla para sentarse.

Me está dando miedo, tiene la vista perdida y se agarra con mucha fuerza los dedos. No puedo entender que en doce años de terapia no haya podido quitarse ese temor absurdo; ni la causa pudo desenterrar de ese inconsciente que ahora me pone a prueba. Quiero sentarme a su lado, acariciarla, pero podría resultar contraproducente, mi ansiedad está al borde de ponerse incontrolable, puedo terminar agravando su angustia.

Doce menos cuarto, le pido que se quede unos segundos sentada, quiero que cuando regrese a la pieza estén cambiadas las datas de su celular y del reloj. Hemos decidido que no ingresaremos a las redes sociales, faltaría que uno de esos quejosos publicara «otro domingo de mierda» para mandar al citado destino todo mi trabajo. Regreso; Martina tiembla, me contagia, desvío la mirada. Las luces me llaman; esta noche no podré juntarme con el equipo de fútbol cinco, voy a extrañar las rondas de pintas artesanales hasta las tres de la mañana.

Quito esas ideas, me hacen sentir egoísta frente a la mujer que quiero, sumida en un trance inaccesible a dos pasos de mis manos. Espero las campanas del reloj del living; al menos es de los de antes, da la hora, no incluye el día entre sus prestaciones. Pienso que dentro de veinticuatro horas deberé repetir este despliegue; y el fin de semana siguiente, y el otro, y el otro, hasta que la muerte nos separe.

La miro, espero que no esté pensando lo mismo; sus ojos están hundidos, toda ella se ha vuelto hacia adentro, como si se metiera dentro de un caparazón. Primera campanada, no puedo evitar el respingo. Martina llora.

—Lo bueno es que mañana no hay que madrugar, es sábado.

Lo digo y me siento el personaje más estúpido de la literatura universal. Literatura, esto no es vida, esto no existe en el mundo real, en el universo de personas de carne y hueso. Martina no deja de temblar, me pregunto si el engaño funciona. Claro que no, no puede funcionar, ella está consciente, sabe que hemos montado una mentira. Si por lo menos hablara, no sé, ¿qué pueden cambiar unas palabras?

Voy a buscar whisky; para mí, ella tiene prohibido el alcohol, por la úlcera. Hace mucho que no tomo un whisky en casa, no recibimos visitas con eso de tener que terminar temprano los sábados y con la consiguiente clausura del domingo. Ahora tampoco podremos, es demasiado arriesgado, aunque quizá deba pedir ese favor a algunos amigos, para que resulte más convincente el montaje.

Regreso a la cocina con dos dedos de líquido en el vaso, voy por hielo. Martina se ha ido; me olvido del hielo, no quiero dejarla sola. Mejor dicho, me da miedo dejarla sola. Miedo, miedo, miedo, parece que no puedo encontrar otra palabra esta noche.

Martina está hundida en la cama, me recuerda a mi hermana cuando estuvo con hepatitis, la veo amarillenta. Me digo que es la sugestión. Hay algo más; me mira, me culpa, he fracasado, la he dejado enfrentarse a un domingo. Es injusta, no soy un dios para eliminar el domingo del calendario.

Me tomo el whisky caliente, me retuerce las tripas. Martina continúa mirándome, no sé qué espera de mí, no tengo una sola pista de sus deseos. No me atrevo a señalar que el despertador dice sábado. SAB, en realidad. Los dos sabemos que es domingo, técnicamente al menos, el día destinado a enfrentarnos a quienes somos, sin las excusas que nos protegen, sin el trabajo, sin las obligaciones. Nosotros y la nada. Nosotros.

Martina gira el tronco, me da la espalda. Me metería con ella bajo las sábanas pero no tengo sueño y no estoy en condiciones de soportar horas mirando el techo, sabiendo que ella está atravesando idéntica angustia mientras nuestros brazos hacen contacto. Puedo conectar el cable, lo haría de estar seguro; ella no dormirá, imposible que duerma sometida a ese horror sin

sustancia. Es probable que me busque, en algún arrebatado. Aunque en los canales de películas no ponen la fecha, ¿o sí?

Preciso otro whisky, deberé comprar una caja si me esperan veladas así, actuando como el visitante de una persona internada en un hospital. Hasta temo hacer ruido y que me griten de la habitación vecina. Mi celular está en la mesa de luz, en mi mesa de luz. Sé que prometí no conectarme pero había supuesto que ella haría un esfuerzo mayor para instalar la mentira, para extender el sábado otras veinticuatro horas. Yo la culpo, ella me culpa, ¿cuánto podremos sostener esta situación? Cojo el teléfono y me voy a la cocina, previo paso por el living; esta vez me llevo la botella.

Ni un puto video divertido, treinta grupos de wasap y no hay un posteo entretenido, ¿hay una epidemia de domingofobia en las redes? Me pregunto si me extraña, si me necesita; el sabor del whisky no mejora con el hielo, está impregnado con el gusto del fracaso, con el aroma de la derrota. Quizá sea mejor así, quizá al pasar este domingo ella se cure, tal vez se active en su cerebro la neurona de la racionalidad y entienda que su pánico carece de motivos. Pero hay que pasar un día completo en este estado.

Mi bisabuelo, cuando yo me quejaba por las lluvias estivales que nos dejaban encerrados dentro de la casa, me trataba de debilucho y me contaba de los días que ellos habían soportado allá en Rusia, en la guerra, hacinados en las viviendas que resistían en pie, sin saber si las bombas que estallaban los habían matado o si continuaban viviendo. Mi bisabuelo soportó el sitio de Stalingrado, más de seis meses sometido a la presión constante de ataques y bombardeos, para él hubiera sido una risa esta vigilia.

Pero no soy mi abuelo ni estoy en Rusia ni llueven bombas sobre la ciudad. Mi enemigo no usa uniforme, es como un ectoplasma metido de contrabando en la psiquis de mi mujer. Quisiera verlo a Igor enfrentado la angustia de Martina, el pavor en sus ojos, la tembladera constante de sus labios. Igor ha muerto hace mucho tiempo, no puedo desafiarlo, sólo falta que su fantasma se sume a esta orgía de espantos.

Debo ir a la pieza, debo meterme en esa cama, debo abrazarme a la locura. De lo contrario me sentiré un cobarde, un pusilánime, un ser despreciable. Ella se encargará de recordármelo, si es que sobrevive. ¿Qué digo? Claro que sobreviviré, si camino hasta la habitación la hallaré viva, debo librarme de la sugestión que me transmite su figura empedregada.

Quizá sería bueno invitar a su madre; jamás la llamamos los domingos, ¿para qué, si su hija se la pasaba en el calmo mundo de los sueños? ¿Cómo el doctor Borniak no nos avisó de las complicaciones?, ¿cómo no nos previno?, ¿los siquiátras desconocen el efecto de las pastillas en el tubo digestivo? Tengo que volver a la pieza y meterme en la cama, es estúpido que estemos sufriendo por separado. Fácil de decir, suena como un propósito simple, accesible. Nunca imaginé que costara tanto dar diez pasos por un pasillo en penumbras.

La madre de Martina es insoportable, no hace más que llegar, instalarse en el sillón con la cartera a la derecha e iniciar una interminable lista de diatribas contra el género masculino. Quizá esta noche ha conseguido una aliada, Martina agregará un defecto que Isadora desconoce; cuando su madre haga un alto para recuperar el aire, mi pareja dirá que los hombres no saben hacer que desaparezcan los domingos.

La una y veinte, hemos superado la primera hora. Mi cuerpo no se entera, continúa tenso, siento el cuello atrapado por un cepo. Debo verla, controlar que respira. Despacio, sin hacer ruido, lo último que quiero es agitarla.

Precauciones fútiles, está despierta, con la vista clavada en la puerta, esperándome. Tiene los ojos de un muerto, me ataca la tentación de darle un beso en la frente fría y dejar una flor sobre su cuerpo. Espero una señal, una indicación. Nada, deja todo en mis manos. Trato de ocultar mi enojo por esa transferencia de responsabilidades, me acerco a mi lado de la cama.

Me siento, me quito los zapatos. Un cuchillo se me hunde entre los omóplatos, una lanza me atraviesa la nuca. Reúno coraje y me vuelvo hacia ella. No me mira, ningún arma está apuntada en mi dirección, sigue pendiente de la puerta.

Entonces ella habla. Y yo, por fin, entiendo.

—Papá, me porté bien, no le dije nada a mamá. Se fue a Misa tranquila. Te lo juro, no le dije nada.